

LOS TRENES MATAN A LOS AUTOS

CUENTOS

R. FONTANARROSA



En estos cuentos encontramos al autor de fino oído capaz de reproducir el lenguaje coloquial, enriqueciéndolo y transformándolo en un pastiche, caricaturizando otros lenguajes. Esta obra de primera juventud divertirá como todas sus obras, pero también sorprenderá por el abordaje serio y tierno de la condición humana en algunos relatos inusualmente dramáticos.

Los trenes matan a los autos

Llegó un momento en que la lucha entre los trenes y los autos tomó ribetes desesperados. Todos creyeron, un poco ingenuamente, que aquel tímido Citroën, aplastado sin piedad por el Expreso del Norte en las postrimerías de marzo, había sido tan sólo un accidente. Un lamentable accidente como lo había catalogado la prensa. Pero ya en junio, la víctima fue un ampuloso Dodge Polara que, destrozado, despedazado e inútil cayó al costado de la vía del Trueno de Plata. Hubo quienes, incluso, ignorantes de la realidad o simplemente poco advertidos, celebraron el sacrificio del Dodge, contentos ante la oscura suerte de coche tan orgulloso y pedante. Pero lo que desencadenó todo, lo que despertó violentamente el rechazo popular y los ataques virulentos de la prensa fue el suceso de Recalada. Un pequeño e indefenso «ratón alemán» fue vandálicamente atropellado y reducido a chatarra por el fatídico Expreso del Norte.

El hecho fue repudiado, hasta incluso, por el Gremio de Guardabarreras y Obreros del Riel en una extensa solicitud. La clara posición de dicho gremio, tradicionalmente férreo defensor de todo cuanto significara ferrocarriles desconcertó a la prensa especializada, a la sazón abocada a la investigación de los motivos ocultos que impulsaban a esa sanguinaria campaña destructiva.

Los automotores, en tanto, optando por un papel de víctimas procuraron ampararse en la legalidad. Reclamaron a viva voz severos controles de seguridad en todos los pasos a nivel. Alarmas electrónicas y veedores oficiales nom-

brados por el gobierno. Los ferrocarriles aceptaron esto, contraatacando públicamente con avisos y solicitudes donde desestimaban todo tipo de acusaciones, aducían los lamentables sucesos a una funesta racha de accidentes y reivindicaban al Expreso del Norte, ratificándole la confianza de la empresa. No obstante, ante las apelaciones de los automotores, accedieron a que el Expreso del Norte fuese revisado exhaustivamente por un equipo de expertos para sondear algún posible desequilibrio. Agosto pasó en una tensa calma, tan sólo alterada por una pequeña manifestación de automotores utilitarios que colocaron en Recalada una placa recordatoria del alevoso crimen del «ratón alemán».

Todo estalló finalmente, en setiembre. Un camión que transportaba coches recién salidos de la fábrica Peugeot fue sorprendido en la noche, triturado y vejado por El Serrano, tren de velocidad y potencia sorprendentes. Aquello desató el escándalo. Veinte coches de corta edad, impecables, fueron destruidos, reventados y despedidos en todas direcciones. En la horrible noche se oyeron claramente los espantosos crujidos de los chasis, las explosiones agónicas de las bombas de aceite, los reventones convulsivos de los neumáticos, el alarido doloroso de las bocinas. En cientos de kilómetros a la redonda se encontraron segmentos de caños de escape, volantes fracturados, motores con la tapa de cilindros levantada. Testigos presenciales aseguraron que El Serrano venía con todas las luces apagadas, sin pitar, bajas las ventanillas de los vagones. Hubo quien afirmó haberlo visto en las proximidades de Torrecillas, quieto y silencioso, en la oscuridad, como esperando. Un minucioso informe de la Cámara de Automotores presentado con urgencia ante las autoridades consignaba que El Serrano ya había purgado 10 años antes una severa sanción por atropellar una motocicleta con sidecar, siendo destinado a rodar por las frías llanuras sureñas. Toda la prensa sin excepción exigió un ejemplar castigo y una profunda investiga-

ción para determinar las causas de esa guerra ahora ya des-
embozada. Tan sólo el periódico de los ferrocarriles «La Vía
Muerta» defendió tenazmente al Serrano, atribuyéndole
condiciones vindicatorias. Los ferrocarriles desautorizaron a
«La Vía Muerta», dejando clara constancia de que dicho pe-
riódico no era un órgano oficial de la empresa.

Pero indudablemente las cartas estaban echadas y el
juego era bien claro. En octubre, un camión naftero solida-
rizándose con los automóviles atropelló e hizo saltar de los
rieles al «Flecha de Oro». Veinticinco vagones rodaron por
el terraplén en un pandemónium de chirridos, crujidos y es-
tallidos de cristales, la guerra era un hecho. «La Vía Muer-
ta», con el título «¡Despertad, locomotoras!» lanzó una
abierta proclama de lucha y venganza.

Hace dos semanas, un pequeño y ágil Fiat 600, cayendo
por una toma de aire, produjo la más espantosa catástrofe
en la historia de los trenes subterráneos. La actitud a todas
luces suicida del 600 dio una pauta clara sobre la siniestra
determinación de los bandos en pugna. Ayer una noticia
conmovió los medios periodísticos mundiales. En el Atlánti-
co, cerca de las Islas Canarias, un inmenso Boeing 704 se
abatió como un tornado sobre un buque carguero holandés
que transportaba locomotoras hacia Trinidad y Tobago.
Hoy, el cielo amaneció negro de aviones y en las carreteras,
a través del smog, millones de autos corrían hacia la ciu-
dad. A esta hora, golpean despiadados contra las bases de
los edificios más elevados.

De los suicidios

Sería muy simple suponer que el suicidio es tan sólo la supresión de la propia vida. A lo sumo, podría ser una consideración torpe y apresurada de aquellas personas carentes de imaginación que sin más ni más se despedazan el cráneo de un balazo a quemarropa, burdamente, en cualquier día y horario. Pero la persona sensible, la persona culta, aquella que ha hecho de su vida una sucesión de actos pensantes y entrelazados no caerá en ese error. No. La culminación de la existencia a través del suicidio es un hecho complejo, polifacético, que responde a diversas escuelas y culturas, a variadas pautas y valoraciones que lo convierten en un menester si bien no, obviamente, para iniciados, sí para respetuosos. Por lo tanto y sin pretender convertir esto en un catálogo, tarea pretenciosa e inconducente, he aquí algunas normas generales e importantes para dichos eventos.

De las armas de fuego

El suicidio a través de las armas de fuego es la lógica culminación de aquellas personas dadas temperamentamente a las decisiones drásticas. Es una elección terminante, lógicamente explosiva pero, sin duda, poco poética. Estéticamente es expresionista, de contornos dramáticos, apta para gente impulsiva, vital y apenas criteriosa. El suicidio por medio de las armas de fuego emana plenitud. No debe realizarse entonces en horas de la noche. Eso queda para

los efectistas deseosos de captar ribetes trágicos. Sin embargo, los cánones también contemplan esta posibilidad. De realizarse, debe elegirse una noche estrellada, límpida, una pequeña pistola de cartera y procurar que el cuerpo caiga sobre algo acolchado, si es posible una alfombra mu-llida. Todo ruido metálico tras el disparo quitará el efecto a éste y mermará notablemente la calidad sonora del hecho. Por la noche no se dejará nota ni carta alguna, no estando invalidado, no obstante, el acto elegante de llamar antes por teléfono a un amigo y charlar con él apaciblemente. Se vestirá con sobriedad (un cárdigan liviano es lo más recomendable) sin incursionar nunca en la *robe de chambre* que puede otorgar al suceso un interiorizante tinte doméstico. Categóricamente, el suicida con arma de fuego deberá elegir un brillante día de sol. No es necesario, valga la salvedad, estar expuesto a los rayos solares, pero conviene que por una ventana se vea el resplandor rotundo del día. Se podrá, ahora sí, dejar algunas líneas escritas a los más allegados, nunca dando explicaciones pues el suicidio es, ante todo, un acto digno. Repetir una vez más la tremenda falta ética de dejar una esquila escrita a máquina, podría parecer reiterativo, pero lo hacemos ante la constante promoción de principiantes. Se procurará, en cualquier caso de suicidio por armas de fuego, realizarlo en un piso alto, donde siempre suena mejor, y agrega una escalera al dramatismo del hallazgo del cuerpo. Las corrientes denominadas «drásticas» o de Villant (circa 1811) hacen aparecer el suicidio como un proceso que finaliza en el momento de la muerte del sujeto. Pero hoy, gracias a estudios que desechan abiertamente tal egoísmo (M. Risnet, «Ese silencio»), tomar las providencias para asegurar una apropiada continuación de las acciones, es un rasgo honorable que diferencia al suicida apto del meramente vocacional. El suicida por arma de fuego deberá luchar contra la incomodidad del uso de un arma que ha sido diseñada para disparar hacia terceros y no contra uno mismo. Esto lo llevará a adop-

tar posiciones poco gráciles, forzando la línea armoniosa del equilibrio físico, especialmente cuando se trata de armas largas. Por eso el revólver de bolsillo, o una pistola de mujer, son los elementos más indicados. Hay quienes no le dan a estos detalles mayor importancia aduciendo el grado de privacidad que por lo general usufructúa el suicida. Olvidan tales teóricos que el suicidio es un hecho de trascendencia principalmente individual, un acto jerárquico que involucra aún las más pequeñas reglas de respeto por uno mismo, comprendiendo las de coordinación muscular. Como última recomendación se considera un toque sensiblero el cargar el tanque del arma con un solo proyectil. Equivale, palmariamente, a otorgarle demasiada trascendencia a un hecho que en última instancia conviene recubrir de un aristocrático dejo de desinterés.

Del cianuro y otros venenos

El veneno es el sistema ideal para introvertidos. Que algunas personas poco dadas a las exteriorizaciones hayan puesto fin a sus días de un balazo no cambia la regla. Esas excepciones responden a introvertidos adeptos al acto de protesta, retumbante, que reivindique sus represiones. Sin embargo, el introvertido coherente, sensato y medianamente en su juicio se volcará por el veneno. El día, en este caso, podrá ser nublado, pues a esta opción debe rodearla un leve vaho de desesperanza, sin llegar a la angustia. Responde a una determinación reflexionada, fría, sólida. Habrá melancolía, quizás, pero no drama. La hora ideal es el amanecer. El crepúsculo, por el contrario, revela una lamentable falta de originalidad. Se dispondrá del sillón más muelle, procurando que no mire hacia el reloj. La vestimenta estará de acuerdo a la sensibilidad de cada uno, ya que hay facetas personales que escapan a toda regla. Debe evitarse, eso sí, lucir traje de noche, o frac, aditamento casi pedante,

con nítidas influencias de la cinematografía mejicana. Es conveniente que el veneno sea líquido. La pastilla tiene la ventaja de ser más práctica y aséptica pero resta el toque poético que brinda un vaso fino de bacará volcado sobre la alfombra, que de ser posible será color habano. En éste, como en casi todos, no se recomienda dejar notícula alguna, como tampoco mantener cerca fotos de familiares, amigos o novias lejanas. La sobriedad, ante todo, confiere altura a los hechos.

De los despeñamientos

Esta opción, por extraño que parezca no cuenta con muchos adeptos. Es apropiada para personas de vida tumultuosa, afectas a las verbenas y las farándulas, licenciosas en grado sumo. Es el final clásico de todo desmoronamiento moral e incluso a veces material. Es, sin dudas, espectacular. Carece de la jerarquía que la privacidad confiere a otros suicidios. Es popular, o populachera, en definitiva. Acá sí, no hay otra alternativa que realizar el acto durante la noche, si es posible ventosa, no necesariamente fría, siendo ideal con una pertinaz llovizna. Es imprescindible tener auto, un sedán convertible con la capota puesta, celeste o bordeaux, de dos puertas. Se enfilará directamente hacia el acantilado más cercano a no menos de 83 Km por hora. Algunos, más hábiles o más conocedores, han logrado que tras el estrepitoso despedazarse del coche contra las punzantes toscas, quede la radio encendida, emitiendo aceptables selecciones clásicas (Beethoven, por ejemplo). Si se corre el riesgo de que dicho artefacto sobreviva, propalando piezas de corte rápido popular, es preferible que enmudezca junto con la víctima. A veces, el exceso de perfeccionismo puede fallar, degenerando en exhibiciones irrelevantes. Lo que sí es imprescindible, es la alternativa del posterior incendio de la máquina despeñada. Es lo que reúne a

la gente y le brinda a esta posibilidad el rubro de «popular», como lo consignamos con anterioridad. Paradójicamente esta demagógica suerte de suicidio es la que mejor resuelve el problema «incertidumbre», que rodea a un acto con un hálito de misterio. En estos casos quedará, indefinidamente, la duda de si el siniestro fue intencionado o accidental.

El rubro «despeñamientos» incluye una separata muy amplia e interesante. Por ejemplo los suicidas por inmersión prolongada. Es evidentemente una solución para personas desvaídas, sin fuerza de voluntad, ablandadas por los contratiempos de la vida. La época más recomendable es el otoño y la hora, el crepúsculo. El suicidio por inmersión es de una poesía inenarrable en esas condiciones. Estamos hablando, lógicamente, en el mar. Es un hecho inaceptable en el río, a menos que sea en Europa Central. En América sólo puede concebirse el suicidio en un río si el ejecutante se lanza desde un puente de hierro, oxidado por el paso del tiempo y la exposición a la intemperie.

Se deben dejar de lado las vestimentas vaporosas como tules, sedas o todo elemento que pueda flotar o flamear ante el viento salobre del mar. Una tradición que se mantiene es la de quitarse el calzado. No deben usarse, ni siquiera a título de chanza, ningún tipo de pesas para impedir la emersión del cuerpo.

Es éste un acto voluntario y progresivo. El suicida se internará en el mar y no mirará hacia atrás, ni una vez tan sólo. Esto es importante, pues dada la agreste vastedad de las playas, lo pueden estar mirando.

De otras opciones

Las que hemos referido son, sin lugar a dudas, las salidas más comunes y correctas. Algunos espíritus anacrónicos pueden abogar aún por el antiestético ahorcamiento, con

su secuela de visajes desagradables y ni que decir, sombras aparatosas sobre paredes pintadas a la cal. Todas las otras posibilidades están siendo descartadas paulatinamente por el progreso. Un suicida consciente de su función social ya no se arrojará desaprensivamente bajo las ruedas de un tranvía, un colectivo, o cualquier otro servicio público. Este acto inconsulto, propio de gente infantil y/o irreflexiva, sólo acarrea molestias, contratiempos y le resta al suicidio la parafernalia seductora y graciosa que tiene. Menos que menos, prenderse fuego o aspirar gas letal. La primera es una línea perimida, netamente espectacular, más cercana a las artes visuales o a la pirotecnia que a una determinación humanística. La segunda, una flagrante concesión a las rutinas cotidianas, a la noria diaria, sumado todo al desagradable olor a gas, tan alejado de las ásperas somnolencias aromáticas de la pólvora, o incluso las misturadas esencias de algunos venenos. Cortarse las venas, en tanto, es sólo admisible en cierta literatura argentina de los años de la década 1920-1930 o bien en letras de boleros centroamericanos. Lo que no debe suceder, ya que lamentablemente invalidaría todo lo expuesto, es que el suicida ante la duda de qué camino elegir, abdique de su empresa. Eso sería, en suma, lo peor.

Sábado noche

Siempre había tenido esa costumbre pelotuda y sucia, mucho más pelotuda que sucia, de meterse los dedos en la nariz. Siempre. En cualquier parte, el meñique exploraba profundidades húmedas y peludas, blanduzcas y pegajosas, hábilmente. Tozudamente. Y estaba atravesado sobre la cama, la espalda contra la pared, mirando fijamente, mirando digo, el techo bajo y pardo, casi negro en partes por la humedad puta que lo traspasaba, que lo empapaba, que le tatuaba en toda la pieza un mapa de coordenadas cartesianas oscuras y vacilantes. Y ahora, ya con la noche del sábado afuera y el meñique dentro de la nariz sufrida, los ojos vidriosos contra la pared manchada, sucia, gris, y la música tonta de la radio al lado.

Sábado a la noche. Sentía las bocinas de los autos afuera, de pura joda. Autos llenos de tipos, con minas rubias en el asiento de atrás o en el de adelante, sentadas al lado, bien al lado del tipo, o solas en el medio del asiento, esperando al tipo que bajó a comprar puchos al quiosco, el saco blanco, el pelo engominado y la camisa floreada, la mina mirándose el esmalte de las uñas, saltándose a veces con la uña cruel del dedo gordo, la mina escuchando la radio del auto a todo trapo y siguiendo el compás con los dedos sobre el tapizado de cuero reluciente, tirante, odioso, y él ahí adentro, en la pieza, viendo, ahora sí, ese cascarudo rechoncho y pavo golpeando contra las paredes sin parar, sin escarmentar, pac pac pac, pegando, que ya debía tener el bocho a la miseria el pelotudo. Dale con el cascarudo. Contra el techo, de nuevo las paredes, pac pac pac. Él tie-

ne ya en la mano la zapatilla, la balancea, el cascarudo sigue. No soporta el cascarudo o la idea de que le pegue en la cara como un piedrazo, como una escupida y lo toque con las patas, la panza, que no lo vea venir y le pegue en la cara, en la boca, en la lengua. Ahora cayó el cascarudo. En alguna parte está, jadeante, tonto, abombado, sin comprender que las paredes son a prueba de cascarudos, sin saber por qué está ahí en el suelo, entre la pelusa, la tierra, sin saber que ese hombre porta zapatilla homicida y contundente, sin saber que si sigue, si insiste, puede reventarlo atrocemente en un crujido feroz y definitivo. Mejor. Mejor que ya no vuele. Él no quiere matarlo. Mejor no matarlo. Sólo lo haría de asco. La zapatilla está todavía en la mano. Se mueve apenas. Amenazante. La espalda ya vuelve al frío mojado y rugoso de la pared. El oído recobra algo de la música, de las bocinas, deja ya de buscar, inquieto, algún arrastrarse tenue del cascarudo, algún otro choque obseso del cascarudo. ¡Y ahí está de nuevo, carajo! Otra vez el bicho, ¿qué mierda quiere? Que salga, que salga de la pieza, la puerta está abierta. Le pegó en el pecho. Dios. En el pecho. Está en el suelo, idiota, patas arriba, braceando desesperado, no sabe por qué está en el suelo, por qué está patas arriba, por qué es un cascarudo, por qué ese cuerpo enorme, bestial, duro, lo revienta, lo despedaza, lo achata, lo despanzurra contra el piso. La radio se escucha ahora. Se apoya de nuevo contra la pared. Puta. Recién, recién empieza la noche del sábado y ya mató al cascarudo.

Por qué los niños van al circo

El hecho mínimo pero no totalmente falso de tropezar con algo y tal vez casi caer, o casi golpearse pero no hacerlo sería, posiblemente, apenas una interferencia, grave o no según los efectos que hubiera podido tener si la caída, congelada en el aire por un manoteo acuático, elemental y decididamente ridículo, se hubiera llegado a concretar contra el suelo, que es siempre duro, de dureza rocosa o granítica, y cementado, contra el suelo digo, vencedor siempre en tales eventualidades violentas y nefastas, tontas en grado sumo porque poca o ninguna utilidad tiene darse contra el piso que por otra parte nunca se inquieta, nunca se acalora, a veces apenas tiembla, más que por él, quizás de pensar qué siniestras consecuencias habrá tenido en uno ese choque repentino y crujiente de caída libre y contorsionista amén de la estúpida acción de pretender sostener el paquete más pequeño que ha volado diagonal y lejano, inaccesiblemente lejano hacia otro ámbito de la calle y ni qué decir hacia qué remota baldosa aún tibia por el sol tremendo de la siesta.

Lo cierto, lo concreto es que Genaro Galván con sus 34 años aún sin cumplir, con su obcecada manía de conservar el sombrero atornillado sobre el cerebro y la ancestral costumbre de putear bajito como quien reza, sólo tuvo en definitiva que inclinarse a recoger el cigarrillo que sí se había desprendido de su ahora maldiciente boca tabacada yendo a caer quién sabe dónde primero y en la juntura de dos baldosas después. Así y todo le quedó latiendo un poco más arriba del esófago, digamos rectamente hacia atrás del

segundo botón de su saco a rayas una finita y otra no, una consternación sorda y amarga como una sofocación quieta que sentía crecer, inflamarse, arder en el sensible lóbulo de la oreja derecha, constante reveladora de sus vergüenzas, sus malos pasos o bien sus fríos invernales desprovistos de bufandas. Tras recomponer su físico duramente castigado por aquel imprevisto del destino, afecto siempre a los senderos anfractuosos y corcoveantes, oprimió bajo su brazo aún tembloroso el susodicho paquete de papel color madera, miró torvamente hacia los costados comprobando ya más tranquilo que nadie había sido testigo cómplice y callado de aquel casi suyo descalabro en el traspaso poco elegante de la vertical a la horizontalidad más llana, más ignominiosa y abyecta. Agradeció, mientras pensaba al caminar (dos cosas que bien pueden hacerse en forma simultánea), que no merodearan por los alrededores niños mayores de 10 a 12 años, niños de aquellos que no admiten en los cines donde perpetran películas de pornografía candente, niños que no vacilan un ápice, ni que mencionar una fracción brevísima de una milésima de segundo, en reírse en la forma más vil y canallesca de todo aquel que interferido su paso por un elemento ajeno a la normalidad del trayecto tiene la desgracia de abatirse sobre la tierra.

Genaro Galván (ya cerca de la esquina) procuró admitir que los niños viven el llamado del instinto puro y salvaje, instinto que los sume en la hilaridad convulsiva y procaz ante el hecho de ver caer una persona sustentando su grotesca figura en levitación inesperada, pero que si es por eso mucha, pero mucha más gracia puede configurar ver caer en el circo al equilibrista, oficio que detiene la respiración a extremos de ahogo, con pistas de arenas que siempre, pero siempre están a distancias estrepitosas de la cuerda que floja o no es explorada con recelo moroso por el pie experto del equilibrista, lo que no basta para que la más mínima distracción táctil o intelectual del hombre lo hagan perder el equilibrio, la vida y el puesto abanicando el espacio in-